



FUNDACIÓN
alternativ**ss**

MEMORANDO OPEX N° 234/2018

ASUNTO: EL DESAFÍO DE LA INSURGENCIA YIHADISTA EN MALI

AUTORÍA: DAVID NIEVAS BULLEJOS, investigador del Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos (TEIM) de la Universidad Autónoma de Madrid y experto colaborador de Opex.

FECHA: 27/07/2018

Panel: Oriente Medio y norte de África

<http://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex/documentos/memorandos>



Director: Vicente Palacio

ISSN: 1989-2845

Maquetación: Vera López López

RESUMEN EJECUTIVO

Mali celebra elecciones presidenciales, con una primera vuelta el 29 de julio, y una segunda el 12 agosto de 2018. Ocho millones de electores están llamados a las urnas para renovar el mandato del presidente Ibrahim Boubacar Keita o poner al timón del país a otro candidato. Los cinco años de presidencia de Keita han estado marcados por el conflicto en el norte y la presencia de los autodenominados grupos yihadistas en el país. Keita alcanzó el poder en un momento de grave crisis en el país, y se ha mantenido a las riendas del mismo gracias al apoyo de sus socios internacionales y las Naciones Unidas. El discutible balance político de su mandato ha provocado sin embargo decepciones, tanto entre la población maliense como en la comunidad internacional. Las elecciones tienen lugar en una situación securitaria muy deteriorada, y con como telón de fondo una efervescencia popular en las calles que genera dudas sobre la reelección del presidente.

El país africano se perfila estos últimos años como foco de creciente inquietud internacional, como consecuencia de la inestabilidad que en el año 2012 generó el estallido de un nuevo episodio en el conflicto entre tuaregs armados y el Estado maliense. Éste último se ha convertido en un lugar de refugio y actividad de varios grupos terroristas yihadistas que amenazan seriamente la seguridad de la región del Sahel occidental¹. Estas organizaciones ponen incluso en jaque la seguridad europea, en vista de que la violencia e inestabilidad generadas por sus actividades repercuten finalmente sobre las fronteras e intereses occidentales. Mali es asimismo un país de exportación y tránsito de migrantes, dinámicas reforzadas por la debilidad del Estado en el norte del territorio. Por un lado, el Estado maliense es incapaz de asegurar oportunidades de futuro a una gran parte de sus jóvenes, algunos de los cuales deciden emigrar a países de la región y a Europa. Por otro, las principales rutas de migración africana hacia el norte de África y Europa pasan por el norte de Mali sin que el Estado maliense tenga los medios para impedirlo.

Con el estallido de una nueva etapa del conflicto en 2012, malienses y comunidad internacional tomaron conciencia de que los problemas del país son multiformes, agravados por enormes deficiencias de gestión política. Estas insuficiencias institucionales han favorecido el estallido de la crisis securitaria causada por la larvada presencia de agrupaciones terroristas en el norte del país, y su capacidad para organizar ataques tanto en Mali como en los países de la región.

¹ En este trabajo tomamos la definición de Sahel (del árabe *sahil*, borde) como la extensa franja geográfica con características climatológicas similares que se extiende desde el océano Atlántico hasta el Cuerno de África. La zona más occidental de la región saheliana se encuentra a tan solo unos cientos de kilómetros de distancia de las Islas Canarias.

Además de los esfuerzos militares, las actuaciones de la comunidad internacional en Mali deben enfocarse en mayor medida en el respaldo a una mayor y mejor presencia del Estado en el territorio. La ausencia de éste está directamente relacionada con la resistencia de los grupos yihadistas a los esfuerzos antiterroristas y la violencia intercomunitaria de la que también se nutren estos grupos.

LOS INICIOS

En enero de 2012, una parte de la comunidad tuareg en Mali y en la diáspora, formada por antiguos combatientes de rebeliones anteriores (1991 y 2006), jóvenes emigrados a países de la zona e intelectuales, tomó las armas bajo la denominación del Movimiento de Liberación Nacional del Azawad (MNLA), con el fin de combatir al Estado maliense. El objetivo declarado de dicha rebelión era buscar la independencia de una amplia zona inexactamente delimitada en el norte del país, denominada popularmente Azawad.

El Estado maliense fue incapaz de hacer frente a las ofensivas rebeldes, y en apenas tres meses fueron expulsados sus efectivos de la zona norte del país. Fue también declarada la independencia del Azawad. Junto con las milicias rebeldes combatieron otros actores no estatales que han atraído la atención internacional hacia el país africano: los autodenominados grupos yihadistas. Si en un principio estos grupos eran un actor secundario en el conflicto, el papel que juegan actualmente en algunos contextos del país les ha otorgado creciente relevancia. Las milicias yihadistas usurparon el control del territorio a los grupos rebeldes que inicialmente ocuparon el territorio tras la huida de la administración e impusieron durante cerca de un año su presencia en el norte, donde administraron ciudades y poblaciones. No fue hasta la intervención militar de Francia en enero de 2013 que la situación se revirtió y que la administración maliense reconquistó y reocupó el norte del país – de forma irregular e incompleta, no obstante-.

EL TERRORISMO YIHADISTA EN EL SAHEL OCCIDENTAL

¿Cómo un país enclavado en África del Oeste y con una democracia en aparente buena salud y buenos niveles de crecimiento se ha convertido en lugar de refugio del terrorismo internacional de corte yihadista? Para responder a esta pregunta es necesario recordar que tras la derrota del Grupo Islámico Armado (GIA) en Argelia, el Grupo Salafista de Predicación y Combate (GSPC) se refugió y enraizó a finales de los años 90 en las comunidades del desierto del norte de Mali.

Memorando Opex N°234/2018: El desafío de la insurgencia yihadista en Mali

Las principales razones de la elección de las inhóspitas regiones del norte del país fueron la debilidad de las estructuras institucionales de dicho Estado, así como de los Estados vecinos del Sahel occidental, y el escaso control que ejercían sobre sus fronteras. Algunos autores sostienen que dicha implantación también fue posible gracias a una controvertida política de no agresión directa por parte del antiguo presidente maliense Tумani Turé (2002-2012).

Otra estrategia utilizada por estos individuos para ganarse el corazón de algunas comunidades locales fue el suministro de servicios básicos, gracias a ingresos obtenidos fundamentalmente a través del cobro de rescates de ciudadanos extranjeros secuestrados desde 2003. En el año 2007, el grupo daba un salto cualitativo al enmarcarse bajo el paraguas de Al Qaeda como su franquicia en el norte de África bajo la denominación de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI). En esos momentos nació el embrión de la nebulosa yihadista que hoy se asienta fundamentalmente tanto en Mali como en otros países de la región, Mauritania, Burkina Faso y Níger. Las milicias yihadistas han ido evolucionando progresivamente hasta tener la capacidad de administrar ciudades y resistir militarmente las operaciones de una potente misión antiterrorista como la misión francesa Barkhane, apoyada por sus socios europeos y estadounidense. Sus redes también se han visto multiplicadas, y hoy llegan a los países del Sahel antes mencionados, lo que les permite reclutar efectivos dentro de un amplio territorio atravesado por diferentes lenguas, etnias y nacionalidades.

Parte del éxito de la estrategia de AQMI fue la utilización del norte de Mali hasta el 2012 como refugio, mientras golpeaba a los Estados vecinos. Las milicias yihadistas no habían protagonizado en territorio maliense ningún acto de amplitud hasta el año 2012, en el que se destacaron como un actor relevante en el conflicto que enfrentó a la rebelión tuareg con el Estado maliense. Aunque los principales líderes yihadistas eran argelinos, y por tanto extranjeros, se ha evidenciado en años posteriores una tendencia que ha ido afianzándose progresivamente: la incorporación a las filas yihadistas de población autóctona del África del Oeste. El yihadismo en el Sahel occidental ha logrado sortear con creces las barreras étnicas y lingüísticas y adaptarse a los diferentes contextos locales, lo que le ha convertido en una fuerza más peligrosa y difícil de erradicar.

LA OCUPACIÓN YIHADISTA DEL NORTE DE MALI

Tras el éxito inicial de la rebelión tuareg en el norte de Mali a principios del año 2012 las organizaciones autodenominadas yihadistas no dudaron en sumarse a

los enfrentamientos contra el Estado maliense con el objetivo de crear un Estado Islámico y yihadista en el norte de Mali. Su gran potencial armamentístico distribuido entre las diferentes brigadas repartidas geográficamente en la zona les reportó un importante peso en la expulsión del Estado maliense. Los grupos yihadistas expulsaron a su vez a las milicias rebeldes, con las que no compartían objetivos en relación con el futuro del Estado, y pasaron a controlar durante varios meses de 2012 las ciudades y las regiones de Tombuctú y de Gao, así como la región de Kidal. Compartieron esta última con un nuevo grupo armado, el grupo Ansar Din del ex líder maliense tuareg, Iyad Ag Ghali, que hoy lidera la mayor organización yihadista de la zona (el Grupo de Apoyo para el Islam y los Musulmanes, o JNIM en sus siglas en árabe).

Durante esos meses de control yihadista sobre ciudades y regiones en el norte y centro de Mali, se pusieron de manifiesto algunos de elementos que permitieron a los grupos autodenominados yihadistas tener éxito en el reclutamiento de milicianos y gozar de cierta simpatía o acomodación entre algunas poblaciones del área. Estos grupos se aprovecharon de las viejas rencillas locales entre comunidades étnicas e intraétnicas, así como de la situación de inseguridad y desorden que la conquista por el MNLA había dejado tras de sí en lugares como Gao o Tombuctú. Tomaron como insignia la bandera del islam, conscientes de su potencial unificador entre etnias y miembros de las comunidades, e impusieron su ley y orden mediante la aplicación subjetiva de la ley islámica o *sharía*. Sus líderes supieron conectar con las poblaciones y ser aceptados como mediadores y administradores en un momento convulso para la zona, tras la imposición de un orden liderado por ciertos clanes tuareg y con la ausencia del Estado maliense como telón de fondo. Al igual que entonces, estos elementos están siendo explotados por los miembros yihadistas en los últimos años aprovechando la irregular presencia del Estado en grandes zonas rurales del norte y centro del país. Esto explicaría por qué estos grupos se mantienen activos a día de hoy a pesar de los grandes esfuerzos internacionales en el ámbito de la lucha antiterrorista y en pos de la reconstrucción del Estado maliense.

LOS CONFLICTOS INTERCOMUNITARIOS Y SU INSTRUMENTALIZACIÓN POR EL YIHADISMO

El enquistamiento de la amenaza terrorista en el norte y centro de Mali es un hecho, y ésta se ha extendido en los últimos dos años a la zona norte de Burkina Faso y al oeste de Níger. Esta evolución se ha visto favorecida por un incremento en el número de escisiones y nuevos grupos yihadistas, y por una serie

Memorando Opex N°234/2018: El desafío de la insurgencia yihadista en Mali

de factores muy similares a los encontrados en Mali. A la aparición del Estado Islámico del Gran Sáhara en el año 2015 (aunque su aceptación por la matriz no llegó hasta un año y medio después) en la región del noreste de Mali y suroeste de Níger, y del grupo Ansarul Islam en el norte de Burkina Faso, se ha añadido últimamente la violencia intercomunitaria e interétnica en el centro de Mali y en la frontera entre Mali y Níger que ha sido aprovechada por los grupos terroristas para ampliar su presencia.

La zona centro del país no había sido testigo de las tensiones sociopolíticas y étnicas que empujaron a las sucesivas rebeliones tuaregs en las regiones del norte. La violencia ha emergido en esta zona impulsada por otro tipo de tiranteces, en este caso derivadas de diferencias intercomunitarias y sentimientos de discriminación y de inseguridad entre diferentes comunidades. Las tensiones intercomunitarias entre diferentes grupos étnicos tienen recorrido histórico y se ven avivadas por una creciente desconfianza entre los miembros de estas comunidades, como consecuencia de la inseguridad reinante y la insuficiente impartición de justicia por el Estado, que en la mayoría de las ocasiones está ausente. Un ejemplo son los enfrentamientos que mantienen comunidades peul o fulfudé y comunidades bambara y dogon –entre otras-, que están directamente relacionados con el acceso a tierras de pastoreo y de cultivo o el acceso a puntos de agua o control de pasos. Estas tensiones han sido aprovechadas por los grupos yihadistas para incrementar su presencia en la zona, y en muchos casos han sido instrumentalizadas para su propio beneficio en términos de reclutamiento y de combate contra el Estado maliense. Tanto grupos yihadistas como rebeldes recurren a la violencia contra la población civil en su estrategia de enfrentamiento contra el Estado o contra grupos rivales armados. Su objetivo es avivar las tensiones comunitarias y poner de relieve la debilidad del Estado en la protección de sus ciudadanos.

Tampoco se pueden desdeñar los efectos novicos de la climatología sobre tierras en disputa como consecuencia del cambio climático global y una deficitaria previsión y gestión local y regional. Habría que añadir las acciones de los agentes del Estado maliense, como es el caso del ejército, en algunas zonas del centro del país: en los últimos meses se han descubierto fosas comunes en las que se encuentran varias decenas de cadáveres de individuos de comunidades peul. No ha tardado en llegar la denuncia de organizaciones de defensa de los derechos humanos sobre la continua amalgama entre las comunidades peul y los grupos yihadistas que llevan a cabo las autoridades militares.

La continuada circulación de armas en un orden marcado por tensiones irresueltas puede generar el riesgo de que se formen definitivamente bandos enfrentados que agravarían la ya de por sí delicada situación. Por un lado, según algunos informes, el Estado suministra armas a ciertas grupos étnicos enfrentados a las comunidades de las que se sospecha que han podido emerger individuos yihadistas. Por otro lado, los grupos yihadistas son bien recibidos en algunas comunidades, como por ejemplo en grupos tradicionalmente subalternos como algunas comunidades fulfudé o peul. Ejemplo de ello es la creciente integración de jóvenes peul (aunque no solo) en las filas yihadistas, lo que explicaría también la existencia del grupo liderado por el predicador peul Amadú Kufa en las regiones centrales del país. No obstante es necesario puntualizar que las razones de la acomodación de comunidades o la integración de los jóvenes en estos grupos yihadistas no deriva de un convencimiento integral en el proyecto yihadista. En gran cantidad de casos se trata de un fenómeno motivado por cuestiones locales como la protección del territorio ante una agresión o un orden injusto que mantiene a la comunidad del reclutado en una posición desfavorecida o el simple hecho de poder ser empleado y enriquecerse.

LA RESPUESTA INTERNACIONAL

Desde el 2013, la comunidad internacional, alertada por la presencia de los grupos terroristas en la zona, ha desplegado considerables esfuerzos civiles y militares con el fin de intentar contener la amenaza yihadista. Debido a la globalización, a la gran interconexión humana y geográfica entre la zona del Sahel occidental con el vecino Magreb y sus países (Argelia, Marruecos, Túnez y Libia) y a la cercanía de esta región con las fronteras europeas, la Unión Europea y, especialmente los países europeos del sur como Francia y España, han interpretado que la seguridad de las fronteras de Europa no comienza en el Magreb sino en la región saheliana, particularmente en Mali por la inestabilidad que allí emerge desde 2012. Es por ello que las respuestas internacionales han sido lideradas por Francia y la Unión Europea, que se ha involucrado en el combate del terrorismo con la operación Serval, y luego Barkhane, la misión europea de entrenamiento y asesoramiento de las fuerzas de seguridad malienses, European Training Mission in Mali (EUTM Mali), así como la EU Capacity Building Mission (EUCAP Sahel). Estas iniciativas, vigentes desde el año 2013 y 2014 respectivamente, han sido completadas con el despliegue de más de 13.000 efectivos civiles y militares de Naciones Unidas, la misión MINUSMA.

Memorando Opex N°234/2018: El desafío de la insurgencia yihadista en Mali

Las diferentes misiones internacionales intentan complementarse en diferentes ámbitos para la contención del conflicto y de la amenaza terrorista. Mientras que los 4.000 soldados de operación francesa Barkhane tienen el objetivo de contener la actividad terrorista de los diferentes grupos que pueblan el Sahel occidental, la misión europea EUTM Mali pretende ofrecer la mejora de las capacidades de las débiles fuerzas de seguridad malienses tras las derrotas en el año 2012. Por su parte, la MINUSMA tiene encomendada la misión prioritaria de aportar las capacidades necesarias para la estabilización del Estado maliense, especialmente en el convulso norte.

La intervención internacional fue bien acogida en un primer momento por la población maliense, que en gran parte compartía la percepción de que sin ella el país hubiera caído en manos de las milicias yihadistas o de los grupos rebeldes tuareg. Sin embargo, la continuada presencia de las misiones internacionales ha generado la impresión en amplios sectores de la población de una interferencia internacional partidista en el delicado acuerdo de paz en el norte y en la situación sobre el terreno – como por ejemplo las dificultades del Estado para administrar la región de Kidal, tradicional feudo tuareg- que ha deteriorado en parte la imagen de la intervención internacional.

Asimismo, el caso de Mali representa una paradoja que se ha visto en otros lugares donde existen conflictos que han sido parasitados por grupos terroristas. Desde el año 2015, la presión de los grupos autodenominados yihadistas ha ido en aumento. La firma del acuerdo de paz entre grupos rebeldes árabes y tuaregs, grupos armados no rebeldes y el gobierno de Bamako contribuyó a aliviar la violencia y a mitigar el enfrentamiento entre los grupos y el Estado maliense. Un nuevo tipo de violencia se erige hoy en principal amenaza a la estabilidad: la de los grupos terroristas. Esta tiene como protagonistas una cada vez mayor cantidad de grupos, y se ha desplazado tanto a las regiones del centro de Mali (Mopti y Ségou), como a las zonas a ambos lados de la fronteras con Níger y Burkina Faso. Si en el año 2017 tuvo lugar el peor atentado en la región del Sahel hasta la fecha, con cerca de 70 personas fallecidas en un campo militar en Gao, los ataques mortales contra los cuarteles del ejército maliense, contra las tropas de la operación Barkhane o los cuarteles de la MINUSMA mediante coches bomba, combatientes suicidas y meticulosas acciones de emboscada siguen provocando importantes bajas tanto entre todas las tropas internacionales desplegadas en el territorio como entre el ejército maliense. Cinco años después de la reconquista del norte de Mali, la progresiva militarización de la zona con el fin de combatir a los grupos yihadistas

Memorando Opex N°234/2018: El desafío de la insurgencia yihadista en Mali

no ha dado resultado, y se han agudizado la violencia y sus efectos sobre las poblaciones.

Desde 2015 la situación securitaria se ha deteriorado. Mientras que la violencia protagonizada por los grupos rebeldes ha disminuido, gracias principalmente al acuerdo de paz para el norte de Mali, se ha visto incrementada la capacidad de generar violencia atribuida a los grupos yihadistas, afiliados a Al Qaeda - como JNIM - o, recientemente, a Daesh, también conocido como el autodenominado Estado islámico. El año 2017 dejó tras de sí números record de ataques - más de 275 contabilizados - desde el inicio de las hostilidades. En el ecuador de este año 2018, el número de ataques ronda la cifra del año pasado.

No obstante, el conflicto del norte con las comunidades tuareg y árabes sigue vigente, a pesar del acuerdo de paz. El acuerdo no incluye a todos los actores, en vista del nacimiento de nuevos grupos que reivindican un papel en las negociaciones, tanto leales al Estado como rebeldes. A esta dificultad se suma la lenta aplicación por el gobierno central de Bamako de algunas disposiciones del acuerdo en los ámbitos político, legislativo y presupuestario. La descomposición del Estado en el norte desde 2012 no ha sido todavía atendida, ni desde Bamako ni desde la comunidad internacional, con una acción política y social decidida a abordar las causas del estallido de la violencia de los grupos armados tuaregs. La pacificación del conflicto se ha enmarcado en términos de "compra de la paz social" hasta ahora sin éxito, a través de métodos redistributivos entre los líderes de los grupos armados. Tampoco han sido implementadas todavía medidas socioeconómicas y de seguridad efectivas dirigidas a contrarrestar el atractivo que los grupos yihadistas siguen teniendo entre las poblaciones, especialmente las poblaciones rurales vulnerables a la llegada de las milicias yihadistas y al orden de justicia y orden *sui generis* que traen consigo. La respuesta ha sido eminentemente militar, y no ha generado por el momento ningún resultado probatorio.

A las respuestas internacionales antes mencionadas, se ha añadido una respuesta de naturaleza regional llamada el grupo G-5 Sahel. Éste reúne, en esfuerzos comunes para la seguridad y el desarrollo en la región, a los países de Mauritania, Burkina Faso, Mali, Níger y Chad. La cooperación entre estos países no es una idea nueva, y ha sido objeto de diferentes formas e impulsos desde el año 2010 hasta su concreción práctica en el año 2014, impulsada por la inseguridad reinante a partir de la desestabilización de Mali en el año 2012. Parte de su creación responde a la ineficaz respuesta por parte de la Unión Africana en materia de seguridad. Inicialmente propuesto como una iniciativa de cooperación al

desarrollo de corte regional, el G-5 se ha escorado paulatinamente hacia la cooperación militar y securitaria entre los países miembros, especialmente en el ámbito del control transfronterizo, incidiendo en el combate del terrorismo y los tráfico, y con vocación de impulsar una cooperación estrecha con la operación antiterrorista Barkhane. Conforme avanza su progresiva puesta en marcha, en la que ha tenido que sortear problemas de financiación, equipamiento y de coordinación entre los países involucrados, la fuerza militar del G-5 ha lanzado tres operaciones en la región que cubre la intersección de las fronteras de Mali, Níger y Burkina Faso con resultados menores por el momento.

PROPUESTAS DE ACTUACIÓN

Tras más de cinco años de presencia internacional, el balance de los amplios esfuerzos militares, policiales y civiles de la comunidad internacional, entre ellos España, que colaboran en la lucha contra el yihadismo en la zona y en la rehabilitación del Estado y de sus fuerzas de seguridad, es cuánto menos ambiguo. La presencia internacional ha permitido estabilizar el Estado maliense y favorecer el redespiegue de la administración allí donde había sido expulsada, a la vez que las fuerzas de seguridad están siendo reconstruidas. Sin embargo, los hechos descritos más arriba dan a entender que es necesario añadir otro tipo de enfoques que tengan en cuenta las dinámicas locales que favorecen la expansión del yihadismo, con el objetivo de contener tanto dicha amenaza como la creciente violencia intercomunitaria.

La comunidad internacional, y muy particularmente tanto la Unión Europea como España, deben complementar el enfoque de seguridad que otorga prioridad al combate militar del terrorismo, y explorar actuaciones para favorecer el impulso de las medidas dirigidas a reforzar la presencia del Estado en todo el territorio, en particular a restaurar la legitimidad de éste ante sus poblaciones y comunidades regionales y étnicas. En los últimos años, los grupos yihadistas han sido capaces de regresar a la zona a través de su incursión en el contexto rural, abandonado por la administración pero donde se juegan y se larvan muchos descontentos y frustraciones entre grupos comunitarios subalternos y sus antagonistas o entre agricultores y nómadas y para con el Estado. Tomando estos elementos como impulsores de la presencia yihadista, el retorno de la administración del Estado maliense exige un mayor énfasis en la inclusión de las comunidades, y una mayor presencia del Estado más allá de las ciudades. En este sentido, sería conveniente acompañar los marcos de actuación del incipiente G5-Sahel en materia de seguridad u operaciones antiterroristas con un plan que favorezca una

Memorando Opex N°234/2018: El desafío de la insurgencia yihadista en Mali

administración efectiva e inclusiva del espacio por el Estado maliense, que incluya el despliegue de servicios básicos con atención especial a las poblaciones del mundo rural, en especial las comunidades nómadas, y la impartición de justicia.

Asimismo, la presencia del Estado, allá donde sí está presente, es percibida en ocasiones como una amenaza para ciertas poblaciones. Según informes de organizaciones de derechos humanos internacionales y locales de los últimos años, las fuerzas de seguridad estatales o las milicias paramilitares apoyadas por la administración han sido responsables de la desaparición de decenas de personas en zonas rurales. Bajo el lema de "lucha contra el terrorismo", estos actores han cometido abusos que contribuyen a dificultar la convivencia entre las comunidades y a socavar la legitimidad del Estado en dichas zonas rurales, lo que a su vez abona el terreno para una mayor presencia de los grupos yihadistas. A este contraproducente resultado también contribuye el posicionamiento del Estado maliense a favor de ciertas comunidades o grupos étnicos, cuyas milicias arma o instrumentaliza en el marco del combate de grupos yihadistas. En un contexto irresuelto de tensiones intercomunitarias, el Estado maliense esforzarse en contribuir a la resolución de los conflictos que enfrenta a las comunidades. Una intervención partidista solo puede avivar en mayor medida las tensiones existentes. Una aproximación de la comunidad internacional hacia estos aspectos, con un énfasis en la justicia para la reparación de los daños causados por el Estado y sus socios armados, contribuiría a la desactivación del incremento de las tensiones intercomunitarias y a la futura reconciliación.

La estabilización del Estado no puede limitarse a la restitución de unas fuerzas de seguridad competentes en el sentido militar. Sus actuaciones deberían adoptar un enfoque más amplio en cuanto al respeto de los derechos humanos y ejercer una función relevante en la protección de las comunidades, no solo centrada en el combate contra los yihadistas. En este sentido sería positivo un mayor énfasis de las misiones europeas de adiestramiento, entrenamiento y asesoramiento de las fuerzas de seguridad malienses siguiendo este enfoque, que ya se incluye en las misiones pero sin resultados ostensibles.

El Estado maliense y sus socios internacionales involucrados en la restitución de sus instituciones y en la lucha contra el yihadismo deberían ampliar su rango de interlocutores. No sin polémica, tanto a nivel nacional como entre los socios internacionales, algunas voces dentro y fuera del país han llamado a explorar la idea de un diálogo a nivel político que incluya a actores armados yihadistas. Una iniciativa de estas características podría contribuir a reducir los altos niveles de

Memorando Opex N°234/2018: El desafío de la insurgencia yihadista en Mali

violencia que el país y los Estados cercanos sufren como consecuencia de la insurgencia yihadista. Facilitaría la tarea el hecho de que muchos de los principales líderes son personajes conocidos en el seno del panorama armado y político del norte y centro del país. Por otro lado, el oportunismo de muchos de los milicianos que están en sus filas, que como hemos mencionado no necesariamente comulgan íntegramente con el ideario del yihadismo internacional, plantea la posibilidad de que puedan ser atraídos fuera de los círculos de la insurgencia yihadista.

Por último, reseñar que España podría contribuir en mayor medida a la estabilización del país y la resolución de las crisis que preocupan a la sociedad maliense en los últimos cinco años. Los actuales esfuerzos de cooperación de nuestro país de forma bilateral u orientados por la Unión Europea y por Francia son encomiables en los diferentes planos en los que intervienen. Sería sin embargo a destacar una mayor implicación en los ámbitos de la resolución de conflictos, la justicia y la intermediación entre las comunidades de las regiones del norte, dados los desafíos actuales derivados de la insurgencia yihadista en el centro y norte del país. Asimismo, de cara al futuro cercano sería de relevancia una mayor participación e interlocución de las instituciones y cooperación españolas con la incipiente sociedad civil y la juventud maliense, ante los retos políticos y sociales que este sector de la sociedad va a afrontar en los próximos años, como por ejemplo cuestiones de democracia electoral, regeneración política o el respeto a las libertades civiles.

Memorandos Opex de reciente publicación

- 233/2018: **Elecciones presidenciales en Colombia: previsiones y desafíos tras la primera vuelta.** Erika Rodríguez Pinzón.
- 232/2018: **Putin: nuevo mandato y su impacto para la política exterior de Rusia.** Javier Morales Hernández.
- 231/2018: **La estrategia de la UE con África: nuevos enfoques y perspectivas.** Ainhoa Marín.
- 230/2018: **Las guerras comerciales de Trump: China, México y Europa. Posibles escenarios y consecuencias.** Alexandre Muns Rubiol
- 229/2018: **¿Qué pasa en Turquía? Restricción de libertades y desequilibrio de poderes.** Antonio Ávalos Méndez
- 228/2018: **La cuestión kurda en Siria e Irak tras caída de ISIS.** David Meseguer
- 227/2018: **La Inversión Socialmente Responsable en España como herramienta de transformación social: Una aproximación al estado de la cuestión.** Realizado por ECODES, y coordinado por Cristina Monge y Leo Gutson.
- 226/2018: **La Argentina de Macri: perspectivas para el nuevo año político.** Mario Scholz
- 225/2018: **Qatar, Arabia Saudí y la redefinición del Golfo Pérsico.** Ignacio Gutiérrez de Terán.
- 224/2018: **La Reforma Fiscal de Trump y su impacto en EEUU y en Europa.** Alexandre Muns Rubiol
- 223/2017: **Trump y la capitalidad de Jerusalén.** Itxaso Domínguez de Olazábal
- 222/2017: **La crisis de gobierno en Arabia Saudí y sus derivaciones regionales.** Itxaso Domínguez de Olazábal
- 221/2017: **El triunfo de Macri en las legislativas de 2017 y sus posibles consecuencias para Argentina. Una visión desde la Unión Cívica Radical (UCR).** Mario Scholz
- 220/2017: **Avances en tecnología de transporte eléctrico. Estado del arte y camino por delante.** Emilio de las Heras
- 219/2017: **El colapso del Daesh: ¿un punto de inflexión del yihadismo internacional?.** Ignacio Gutiérrez de Terán
- 218/2017: **El papel del autoconsumo en la transición energética en España y lecciones aprendidas de otros países.** Laura Martín
- 217/2017: **Transición energética en España: ¿Qué podemos aprender de las experiencias de otros países?.** Emilio de las Heras
- 216/2017: **El Factor Trump en Asia y el Indo-Pacífico.** Juan Manuel López-Nadal
- 215/2017: **Una nueva política fiscal y presupuestaria para la recuperación económica.** Manuel De la Rocha Vázquez y Víctor Echevarría Ycaza

Para consultar toda la serie de Memorandos Opex en versión online y visitar nuestra página web:

<http://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-externa-opex/documentos/memorandos>